CAPITULO XXXII.[1]

Vida, virtudes y santa muerte del anciano y venerable P. Pedro Gutiérrez. Año de 1633.

En el vientre de su madre sacó Dios Nuestro Señor de España para las Indias á este grande siervo suyo, para que en nuestra Provincia de Nueva España empleara su prolongada y muy religiosa vida en ministerios de grande servicio de su divina Majestad y beneficio de las muchas almas que desde sus tiernos años encaminó al cielo, como se verá por el discurso de 58 años que vivió en nuestra Compañía en la Provincia de Nueva España, muriendo en ella de edad de 84 años.

Nació el P. Pedro Gutiérrez en la mar, navegando sus padres á estos Reinos en la flota del año de 1549, y luego que la Compañía dió principio y abrió estudios en la ciudad y Colegio de México, fué uno de los primeros estudiantes que entraron en ellos y á ser discípulo del P. Dr. Pedro de Hortigoza, en el primer curso que se leyó de artes en esta Provincia y á este tiempo le llamó Nuestro Señor á la Compañía. Recibióle en ella el P. Dr. Pedro Sánchez, su primer Provincial, y tuvo por Maestro en su noviciado al P. Alonso Camargo, procediendo en él con tales muestras de virtud que daba ciertas prendas desde este tiempo de la insigne perfección que en el discurso de su vida había de alcanzar. Creciendo de tal manera en ella, que se juzgaba del P. Pedro Gutiérrez en la Provincia que le venían bien á propósito estas palabras del himno eclesiástico, *qui pius, prudens, humilis, pudicus, sobrius, castus fuit et quietus, vita dum, praesens vegetavit eius corporis artus.* Porque su piedad, devoción y trato con Dios Nuestro Señor se echó bien de ver, en que cumplidos los oficios en que le ponía la santa obediencia, su común refugio era el Santísimo Sacramento, á que acompañaba el afecto tierno que tuvo á la Virgen Santísima nuestra Señora y aplicación particular á las cosas del culto divino, de cuyo aumento cuidaba incansablemente, acrecentando las cosas de la Iglesia y sacristía, con gasto de mucha cantidad de pesos, sin haber gastado en su persona medio real en más de 20 años que fué á su cargo la Prefectura de la Iglesia, aumentando el ornato de ella aun con el trabajo de sus manos. Porque en este tiempo, siendo muy exacto en la observancia del oficio eclesiástico, puso en orden y repartió calendario y orden de rezar el oficio divino y celebrar el santo sacrificio de la Misa, aun cuando no habían salido á luz las instrucciones que después se han escrito de esta materia. Cosa de tanta importancia para el buen acierto de los no tan versados en las ceremonias de la Iglesia, y de tanta estima para los eclesiásticos que todos le apetecían, tan ansiosos de su instrucción y magisterio que no se aseguraban sin ver antes al P. Pedro Gutiérrez, cuya opinión seguían á ojos cerrados en la variedad de los que suelen ocurrir en el rezo y santo ministerio de la Misa, y lo mismo observaban los señores Arzobispos, Obispos y Virreyes de esta Nueva España, de suerte que cuando el Padre les presentaba el calendario, le agradecían de palabra ó por escrito, no acabando de alabar el acierto de este magisterio, y tal vez se le oyó

1 Véase la advertencia al principio del tomo primero.

al señor Arzobispo de México que no se atrevía á rezar sin esta tal dirección, la cual practicaba el Padre para consigo en el rezado y Misa con la singular y notable exacción, atención y devoción que en ella ponía. Esta acompañó el P. Pedro Gutiérrez con un perpetuo retiro y recogimiento, de suerte que solamente atendía á sí mismo, y lo que le era encargado por la santa obediencia, huyendo con el perpetuo recogimiento todas las ocasiones que suelen estorbar la paz del alma y caridad con los prójimos, sin haber habido en 54 años que vivió en el Colegio y ciudad de México quien de él tuviese la menor queja del mundo. Siendo á los de casa como á los de fuera singularmente amable así por lo apacible de su condición como por la humildad de su trato agradable. En esta virtud fué siempre un vivo ejemplar y dechado, de lo cual nacía el rendimiento que siempre tuvo á los Superiores, en cuya presencia estaba descubierto y en pie hasta que le mandaban se cubriese y sentase, mostrando en esto la reverencia y respeto que á Dios Nuestro Señor tenía en ellos, dándoles cuenta, registrando con ellos las más mínimas cosas que hacía y en que se ocupaba. De las reglas fué observantísimo, y tanto, que hacía gran caudal y escrúpulo de la más mínima falta de ellas, y su observancia de la pobreza fué tal, que nunca se le conoció afecto á cosa nueva, contentándose siempre con lo peor de casa; aun las candelas de que se servía, no quería que fuesen enteras, sino que se aprovechaba de los cabos que á otros sobraban sin perder punto de perfección en esta materia. En sus postreros días y edad casi decrépita, no consintió ni quiso compañero, sino que él mismo con sus pocas fuerzas y muchos achaques se servía en su aposento, bajando en persona á las oficinas por lo que había menester, pidiendo á los Superiores licencia y permiso para aquel su recogimiento alegando el que se hallaba con fuerzas para esos ejercicios.

El principal en que resplandecieron los grandes merecimientos y virtudes del P. Pedro Gutiérrez, fué en el afecto con que se aplicó al santo ministerio de la lectura de las clases ínfimas de nuestros estudios, ocupando en ellos 30 años en el Colegio de México, sin lo que se ejercitó en el de Valladolid, adonde desde el noviciado le envió la santa obediencia con el P. Juan Sánchez á fundar aquellos estudios, y fué extraordinario el respeto que en este ministerio granjeó en México, y con lo más lucido de la Nueva España. Eclesiásticos, religiosos y seculares, reconocíanle por su Maestro. El Sr. D. Leonel de Cervantes, Obispo de Guadalajara, visitando nuestro Colegio al pasar á su Obispado, topando con el P. Pedro Gutiérrez, luego que le vió se le arrodilló y besó la mano, agradeciéndole la doctrina y buena enseñanza que de él había recibido en sus tiernos años. Alta memoria dejó de sí este religiosísimo Maestro, y de la doctrina que enseñó á la juventud tantos años; y el mismo respeto mostraban aun en medio de las calles, las dignidades, doctores, Provinciales y religiosos graves de todas órdenes, y aunque todos se preciaban de haberle tenido por Maestro, el santo varón de lo que hacía mayor aprecio era de haber tenido por discípulo á un santo canonizado que fué San Felipe de Jesús, patrón de México, que con otros de la Compañía padeció martirio en los reinos del Japón. Ejercitó el oficio de leer las clases ínfimas de Gramática, con tanta humildad, paciencia y sufrimiento, que no sin razón el Padre con su sencillez y llaneza santa

que tenía, solía decir por gracia que en llegando á las puertas del cielo y preguntándole el Apóstol San Pedro quién era, y qué ocupación había tenido, luego que respondiese ser el P. Pedro Gutiérrez y haber lidiado 30 años con muchachos, le diría: pues éntre acá, que no ha menester otro purgatorio. Y no le faltaba alguna razón al Padre para lo que decía, porque era cierto haber sido grande el trabajo que con grande caridad y ejemplo de paciencia había padecido en criar estas plantas tiernas de la santa Iglesia, y regarlas con el agua de doctrina santa tantos años. Ni sólo se afinó la paciencia de este santo varón en este tan prolongado y trabajoso ministerio, porque después de él, por espacio de 20 años padeció casi continuas enfermedades y achaques de orina, piedra, flaqueza y dolores de estómago y de cabeza, los cuales nunca le fueron estorbo á estar todas las mañanas en el confesonario, venciendo el bien de las almas y amor de tan santo ministerio, al cansancio y aflicción de tan continuos dolores; y rara fué la paciencia y sufrimiento que mostró en su última enfermedad, pues acosado de dolores de la retención de orina de que murió, mostraba á todos en su apacible semblante, la perfección á que había llegado en esta virtud, de donde nacía el afecto y gusto con que todo género de gentes y los de casa se confesaban con él, llevados de aquella caridad y benignidad con que deseaba servir á todos, y ésta la mostró hasta un día antes que muriese, pidiendo no estorbasen la entrada á los que fuesen á confesarse con él á la hora señalada, prevaleciendo en su estima el consuelo de los nuestros, al descanso que podía tener en reposar y estar á solas. En sus palabras y trato fué tan remirado, que habiendo ejercitado por orden de la obediencia el oficio de confesor, y siéndolo de muchas personas graves y de todos estados, sin que jamás se desdeñase de gente vil ó baja, siempre guardó una modestia, decencia religiosa y recato sumo, acerca de la guarda de una castidad imitadora de la puridad angélica; fué tan parco en su comida y bebida y tanta su abstinencia, que solamente comía á medio día, y esto tan sobriamente, que si se le ponía delante algo más de lo ordinario, se afligía y lo dejaba sin que un día más que otro excediese en esta regla. Fué muy notada en el Padre una grande uniformidad en su religioso modo de proceder, de un mismo tenor y tiempos en el acudir á la distribución, que como si fuera novicio la tenía hecha y como escrita en su corazón y en todas sus acciones; y de aquí nació la quietud de ánimo que siempre tenía, y de ésta la perseverancia sin jamás pedir mudanza de ocupación, aposento, casa ni Colegio, pues asistió en el de México en lo que la obediencia le ocupaba los 54 años referidos, y perseverando en aquella como inmutabilidad de sus buenas y santas costumbres y sencillez, que era tan grande que mostraba en ella estar persuadido á que todos tenían la misma sin fraude, malicia, ni engaño ó equivocación en su trato. Estando ya recibidos los santos sacramentos, que fué tan á tiempo que él mismo iba respondiendo con todo el Colegio (que así al dárselos como á la recomendación del alma y muerte se halló presente) y aceptada la nueva que de su fallecimiento le dió el doctor que lo curaba, puestas las manos dijo, por tres veces: sea muy enhorabuena, cúmplase la voluntad de Dios Nuestro Señor en mí; la cual mostraba el Padre ser llevarle á su gloria, con la confianza que de esto tenía, y si los de casa le exhortaban á que estuviese consolado, con la misma bondad y

sinceridad de ánimo respondía: sí estoy por cierto; y añadiéndole que iría presto al cielo, respondió: sin falta ninguna; frase de que él usaba para aseverar cosas que le parecía eran infalibles. Esta sencillez y llaneza mostró también poco antes que muriese, porque rogándole algunos de casa les echase su bendición y diese á besar la mano por despedida, el Padre lo hizo con tanto afecto y voluntad, que de los presentes nadie pudo detener las lágrimas y sentimiento que causó acción tan santa y amorosa, y así á una voz le rogaron los encomendase á Dios en el cielo, y el Padre con gran certeza lo prometía hacer, pidiendo lo hiciesen en aquella hora por él todos sus padres y hermanos y le perdonasen sus faltas, rogando al Padre Rector con ansia le concediese las indulgencias de la Compañía. Finalmente, el P. Pedro Gutiérrez fué verdadero hijo de la Compañía, de quien haciendo relación de su dichosa muerte (para consuelo de la Provincia), el que entonces era su Rector, P. Luis de Bonifaz, varón de grande religión y prudencia, que después murió siendo Provincial de ella, hablando en su relación del P. Pedro Gutiérrez, dijo de él lo siguiente: *homo sine querella.*

Pues aun en la gracia bautismal echaban muchos de ver en su modo de vida que permaneció hasta el fin de ella, y así lo afirmó el que estos últimos años le confesaba cada día una vez, y algunos dos, hallando con dificultad materia de absolución. Puso muy grande admiración de su gran temor de Dios y pureza del alma, confesándose siempre para decir Misa como para morir, y así, la última que hizo para la muerte fué como para celebrar ese Sacrosanto Sacrificio; con lo cual, junto con las extraordinarias muestras de perfección tan notoria á todos, nos prometemos esperanzas ciertas de que está gozando de Dios y las tuvieron algunos de este Colegio, principalmente aquella noche de su muerte á quienes sucedió en este Colegio, lo que en el de Salamanca se refiere que sucedió al P. Gonzalo González, que habiéndole llegado nueva del santo tránsito, que bien se puede llamar así, del P. Baltasar Alvarez, estuvo grande rato dudoso de si le encomendaría á Dios ó se encomendaría al P. Baltasar, y al fin, vencido del gran concepto de su perfección de vida, salió diciendo en alta voz: *Pater Alvarez, ora pro me.* Este mismo modo de sentimiento y duda tuvieron otros Padres para decir por el P. Gutiérrez aquella mañana la Misa, y venció él en ellos el decirla más por cumplir con la obligación de semejantes sufragios de la Compañía por sus difuntos, que por necesidad que les pareciese que tenía de ellos el buen P. Pedro Gutiérrez; tal fué el concepto que de su gran religión hacían. Hasta aquí el P. Luis de Bonifaz. Murió el P. Pedro Gutiérrez, como arriba se dijo, de 84 años de edad, los 58 de Compañía en el grado de Coadjutor espiritual de ella. Está enterrado en nuestro Colegio de México.